

«Mi teniente coronel, la

«Sin novedad, mi teniente coronel, la operación ha concluido.» En el patio de operaciones del Banco Central, desolado escenario en que se amontonan vergonzantes jirones de más de treinta y seis horas de angustia, el capitán del Grupo Especial de Operaciones (GEO) pone, con riguroso gesto castrense, el punto final —un final definitivamente feliz— a uno de los más largos, tensos, oscuros, complicados y peligrosos episodios vividos por la joven democracia española.

Son las veintidós horas veinte minutos de la noche del domingo. Los geos rompen filas con un imperceptible respiro de satisfacción y alivio. El mismo respiro de tranquilidad y alivio que en ese momento recorre todos los rincones de la vida ciudadana española. Fuera, en la plaza de Cataluña, donde han comenzado a revivir los primeros signos de normalidad, una densa ovación subraya, a la salida de los **hombres-punta** de la Policía, la descarga de tensión, miedo, asco, estupor, esperanza; sentimientos encontrados que se han ido acumulando a lo largo de dos jornadas pavorosas. Los rehenes están sanos y salvos. Los terroristas —se piensa que todos los terroristas— están en manos de las Fuerzas de Seguridad. Atrás quedan treinta y seis horas críticas, en las que España ha tenido que **contener literalmente el aliento**. Los momentos más difíciles se han sucedido a lo largo de todo el domingo.

Ocho de la mañana. Los asaltantes dejan libres a otros nueve rehenes. Desde las seis eran más de veinte los que habían salido del cerco de los terroristas. Todos ellos van acompañados por el cajero del Banco, señor Rullán, al que los asaltantes utilizan como intermediario, «adelantado» y parapeto. El cajero pisa de cuando en cuando el pequeño desierto de asfalto en que se ha convertido la ruidosa plaza de Cataluña. Siempre sereno, eficiente, lleno de compostura. El está canalizando los contactos con las autoridades y sirviendo de «hombre bueno» a los indescriptibles chalaneos que urden los secuestradores. Y tiene que materializar los infames trueques, cambiar rehenes por cualquier cosa: tabaco, el desayuno, los periódicos, el megáfono, los transistores, el televisor...

Ocho horas treinta minutos. Llegan a

Barcelona el general Aramburu Topete, que se dirige inmediatamente a la sede del «mando operativo», establecida en el Banco de Bilbao. Pocos minutos antes, el gobernador de Barcelona dice a un medio de información que sigue sin conocerse la identidad de los terroristas. Algunos de los rehenes liberales cuentan que los asaltantes están obligando a sus compañeros a excavar agujeros en los muros. Toma cuerpo una hipótesis obsesiva: el Banco está siendo minado.

Diez horas. Con el general Aramburu, el mando queda integrado por el delegado del Gobierno en Cataluña, Rovira Tarazona; el director general de la Policía, Fernández Dopico; el general de la Zona de la Guardia Civil, el teniente coronel jefe de la 411 Comandancia de la Guardia Civil y el teniente coronel jefe de la Policía Nacional. Línea directa, prioritaria y permanente con la Moncloa.

Cuando al filo de las **diez y diez** el presidente Jordi Pujol, preocupado, aunque sin muestras de abatimiento, da los buenos días a los miembros del «mando», acaba de ponerse en marcha un lento, milimétrico e imparable dispositivo policial. Ha llegado la hora de la ofensiva.

Diez horas quince minutos. Una tanqueta blindada de la Guardia Civil sale de la calle Vergara y se dirige con lentitud hacia el edificio ocupado. Parece que la hora pero ha llegado. Un responsable policial conmina a los asaltantes a que se rindan. Se produce un tenso, imposible, diálogo megafónico. A las palabras de la Policía los terroristas contestan, con tono amenazante, que «están jugando con la vida de ciento cincuenta personas». Se amparan en el comprensible temor

de los rehenes, uno de los cuales pide que se suspenda toda acción violenta, porque de lo contrario los pistoleros están dispuestos a volar el Banco. Ya no hay duda de que los pistoleros actúan en dos frentes. No sólo utilizan a sus rehenes como parapeto, sino que los están manejando como una efficacísima baza psicológica. Parece obvio que no se trata de aficionados. Tras recibir dos disparos, que apenas son rasguños, la tanqueta se retira.

Once horas. Los asaltantes parecen haber ganado el «round» y pasan a una descarada contraofensiva. Exigen que se inicien las negociaciones antes de mediodía o empezarán a ejecutar a los rehenes. Se sabe que los han distribuido entre las distintas plantas del edificio y algunos están en las ventanas con los brazos en alto para respaldar el chantaje.

Siguen los terroristas presionando en el frente psicológico. A través de la megafonía el «representante» de los rehenes lee un comunicado en el que pide que se negocie «una solución digna para todos». Paralelamente, en la calle, los familiares han hecho un dramático llamamiento para que los secuestrados sean liberados sin daño.

Once horas treinta minutos. Se anuncian las últimas condiciones impuestas por los secuestradores: quieren furgonetas blindadas para trasladarse al aeropuerto y allí un avión para salir del país. En la Moncloa se estudia la situación al más alto nivel. Entretanto, la Guardia Civil está preparando un dispositivo para actuar en caso de huida.

Mediodía. Se ha establecido un período de tenso silencio, sobre el que pende la insistente amenaza de los pistoleros: si no hay respuesta van a sacar a la calle los cadáveres de cinco rehenes. Las veinticinco ambulancias de la Cruz Roja estacionadas cerca del edificio subrayan la posibilidad de que la amenaza sea cumplida. En Madrid se ha decidido no ceder a las propuestas de los secuestradores. Sin embargo, se produce un

operación ha concluido»

cierto respiro al saberse que el gobernador civil ha conseguido, en una conversación telefónica con el número uno, aplazar el ultimátum. Los terroristas liberan a tres personas afectadas por ataques nerviosos. Los asaltantes parecen estar más fuertes. Uno de ellos sale a la calle con un rehén y se pasea observando el exterior.

Trece horas. Rovira Tarazona y Fernández Dopic avanzan lentamente hacia el Banco. Sale el cajero Rullán y, en una escena kafkiana, los cachea a fondo. Entran los tres juntos por la puerta principal. Evidentemente, han comenzado las negociaciones. Su alcance no trasciende. Pero a partir de este momento los acontecimientos se van sucediendo con rapidez, no siempre de manera comprensible.

Catorce horas treinta minutos. El «número uno» se prodiga por distintas emisoras. A Radio España les dice que la operación ha fracasado y que tienen que salir de España. A un periodista de la SER, con tono desabrido y cierta mala educación, le invita a que les deje tranquilos. «Tenemos que pensar para que todo salga bien.» Algo está en marcha. Unos minutos más tarde los voluntarios de la Cruz Roja acercan comida. Sin solución de continuidad salen libres cuarenta y seis rehenes.

Quince horas treinta minutos. Se suceden las declaraciones paralelas y optimistas. Rosón dice en la Moncloa que están «esperando una solución rápida y eficaz». Rovira Tarazona da cuenta de las negociaciones y afirma que se ha establecido una salida del Banco que da la máxima garantía a los rehenes y a los asaltantes. Estos siguen sin bajar la guardia: «La liberación de cuarenta y dos rehenes no es un síntoma de debilidad, sino un buen gesto para la marcha de las peticiones.»

Diecisiete horas. Rovira es abucheado por los familiares de los secuestrados, reunidos en una sucursal del Banco Central, cuando

afirma que no se puede ceder a las exigencias de los secuestradores. La baza psicológica se está jugando en la calle. Interviene el presidente del BC, Alfonso Escámez, propiciando la calma.

Mientras tanto, en la Moncloa Calvo-Sotelo continúa reunido con el «minigabinete político».

Dieciocho horas treinta minutos. Un secuestrador, parapetado tras uno de los rehenes, inspecciona los alrededores del edificio. Se oyen ruidos de martillos o perforadoras en el interior, probablemente en la parte baja del edificio.

Veinte horas. Se inicia la definitiva y emocionante operación de asalto-rescate por parte de los geos. La situación en el interior es calificada de patética. Los geos protegen la salida, por la terraza, de diez rehenes y luego, a tiro limpio, entran por esa terraza. Se suceden los tiros y ráfagas de metrallera. La situación es confusa. Los geos han ido conquistando el terreno palmo a palmo, con inexactitud y sabiduría táctica. Desde este momento dejan ya de verse definitivamente a los asaltantes. Algunos de ellos están ya dispuestos para salir entre los rehenes. Han cambiado sus ropas.

Veintiuna horas. Cerca de cincuenta rehenes —y algunos terroristas mezclados, sin duda, con ellos— consiguen abrir una puerta lateral y salir atropelladamente al exterior. Transcurren unos minutos dramáticos hasta que, reptando, corriendo, rodando por el suelo, consiguen ponerse a salvo en el Metro o en algunos portales. Los asaltantes parecen despreocupados, sin embargo, de esta huida. Durante más de una hora se siguen escuchando disparos en el interior.

Veintidós horas quince minutos. Los asaltantes que quedaban se han rendido, según se anuncia. Uno de ellos ha resultado muerto. Hay diez detenidos. Los números no parecen cuadrar. Pero la pesadilla ha terminado.